

IV

Cuando empujó la pesada puerta de *El Fcnal Rojo* se halló en una antecámara que apeataba á vino y carne guisada. Por encima de bellos muebles negros incrustados de plata y estafío, complicados como catedrales y sobrecargados de piezas de porcelana, había muchos cuadros representando fiestas de aldeanos. El joven oyó una copla cantada con una voz vacilante acompañada de taconazos sobre un suelo sonoro. Pasó el otro umbral y se detuvo estupefacto.

Sobre un banco estaba acostado un viejo, hecho un estúpido. Sus medias caídas, descubrían unas pantorrillas enormes; la camisa, completamente abierta á lo largo de un pecho sudoso y velludo. Un vaso lleno bailaba entre sus dedos temblorosos. El viejo tartamudeaba en lengua pastosa un mismo *refran*. A cada instante el líquido caía á tierra, salpicando las mangas y el pantalón color castaña del bebedor. Las notas eran interrumpidas por un hipo y una carcajada; luego seguían en forma de rugidos ásperos. La cara del concienzudo poseedor recordaba la de su pariente Moorels, por la grosería de las facciones; pero en ésta, ninguna grasa y por todas partes arrugas lacias; un color amarillo, algunas vedijas de pelo gris, salidas en un cráneo ovalado y lleno de chichones; labios muelles

pringosos, nariz chata y ojos maliciosos. Aquel sátire viejo tenía apretada contra su chupa grasienta una cabeza de mujer bastante linda, viciosa, cuyos pesados cabellos negros enmarañados, caían sobre los hombros, el cuello y la cara, deslizándose en la boca entreabierta y roja, por las mejillas y los párpados hinchados. La cabeza pertenecía á un cuerpo estendido, con una pierna sobre el banco, y la otra, salida de la saya, pendía hasta tierra. Tras aquella pareja, en un corredor oscuro, algunas carotas indecisas de servidores reían burlonamente. Una gran parte de la vasta sala estaba ocupada por una larga mesa cubierta de copas, porcelanas, platos brillantes y jarras luminesas. En los muros algunos cuadros y dibujos adornaban esa orgía con su gracia ruda y sus colores ardientes.

William entró, pero el tío Doelen no cambió de posición. Dejó de cantar y tendió al recién llegado una diestra sucísima. Con la otra acariciaba el corpiño entreabierto de la ramera.

—Acer... acercaos, querido señor. Me hallais en plenas delicias.

Shakespeare luchaba entre el asco y la admiración. Lo excesivo en todo le exaltaba, y esos juegos de la senilidad y la lujuria destellaban un encanto extraño.

El viejo leyó con atención la carta de Moorels y gimió más que llamó:

—¡La Pelota! ¡La Pelota! ¡Por mi estiercel heroico, que venga!

Apareció una mocetona roja, marcada de viruelas. Sonreía terpemente y se limpiaba las manos en su delantal sucio.

—La Pe... la Pelote, lleva á este gentilhomme al cuarto de oro... brocado. Y que quede satisfecho... anda... Señor... contento de veros... de hospedaros. Habrá hoy una asamblea en la comida... artistas... artistas famosos... os ruego que asistais... Perdonadme el no subir con vos... En este momento estey hecho un cerdo.

Sacó su mano ocupada, la olió ruidosamente, y la besó. Shakespeare ignoraba si aquel hombre sabía las terribles noticias de Rotterdam y no sabía si decirselas ó no. Pero Doelen fué en su ayuda.

—¡Pobre Meorels!... Sí... sí... me han contado... La desgracia tiene alas... Y la pe... la pequeña Eva... Pero silencio... Ya me explicareis más tarde... No quiero mezclar su nombre, su di... divino nombre á esta porquería...

Y golpeando con el tacón el suelo, sacudiendo á la ramera inerte, volvió á su canción y á su máscara estúpida.

Apesar del calor del día, el cuarto que le dieron á Shakespeare era muy fresco. Era muy ancho y estaba situado casi en la azotea. El lecho y los muros estaban tendidos de brocado de un color irresistible y gozoso. En cada ángulo del techo un espejo ovalado daba del cuarto una imagen pequeña y deliciosa. Un gran mueble de roble pulido llamó la atención del poeta. La forma era maciza y achatada para el cuerpo, pero á los lados alzábanse esbeltas columnitas caladas y estaba incrustada de hojas de limonero amarillo pálido que dibujaban selvas y estanques. Sus cajones eran de secreto. Uno de ellos, tirado hacia abajo, abría otro hacia arriba. William adoraba el lujo. Las ricas telas, las habitaciones suntuosas, el delicado trabajo de la mano humana, alrededor de la madera, del marfil y de los metales preciosos, la forma dada á la dura materia y el contorno servido por el color, le procuraban un goce físico.

Paseó los dedos sobre las superficies untuosas y patinadas, contó los clavos brillantes y se figuró el alma del artista anónimo que había creado esas maravillas. En una de esas callejuelas holandesas que huelen á alquitran y á especias, entre dos muelles y dos canales, había vivido tranquilo y laborioso, alejado de las insurrecciones, únicamente atento á las muelles curvas, á la elección difícil de las esencias. Su genio se había quizás revelado á él por la contemplación de una catedral tal como la de Harlem, en una noche oscura, encaje gris arrojado sobre la noche, y había combinado una construcción útil, propia á las cartas de amor, á las joyas, al misterio, perfumado, como la catedral, por el incienso y la fé. ¡Cuantos trabajos para los útiles necesarios á su construcción, cuantas luchas con los comerciantes, cuantos ensayos y orgias infruc-

tuosas! La mujer y los hijos se asombraban de la labor paterna; los vecinos proponían retoques y cada noche él colocaba sobre su obra de un trozo tela protectora. Soñaba con ella mientras dormía, y al despertar era en orgullo. Así de día en día y de hora en hora se enervaba de proyectar sobre el roble la imagen de la catedral grabada y deformada en su espíritu y que reproducir sus dedos hábiles. Un minucioso gesto de admiración, la fuente de su empresa. El pequeño edificio crecía á la sombra del grande y las dificultades eran madres de imaginaciones nuevas, de proyectos para los trabajos futuros... La mano devolvía al cerebro lo que el cerebro le había transmitido. Cada aplicación del útil hacía saltar la chispa de lo bello; y cuando el mueble quedó concluido, algo también se había terminado en el alma del artista, algo que no tenía ni nombre ni contornos, pero que persistiría á través de la raza, y por una restitución sublime daría sin duda nacimiento á grandes monumentos.

Cuando Shakespeare hubo leído bien su arca esculpida y sentido un acorde perfecto entre su pensamiento y sus sensaciones, abrió la ventana y miró á la calle. La impresión era distinta que en Rotterdam. A orillas de un largo canal encerrado entre malecones guijarrosos y filas de árboles verdes, alzábanse altas casas negras ó rojas, más estrechas que en Delft ó en Leyde. Poleas, en algunas ventanas, indicaban la ciudad normanda. Otras ostentaban coronamientos y divisas. Cerca de la cúpula el edificio se estrechaba mas y dos series de escaleras de piedra, converjían en bolas en la cima, donde á veces se alzaba un caballero armado de su lanza ó un animal fantástico. Esos encajes y esas estatuas se recertaban sobre un cielo claro. El arreglo era tal que una morada gris se engastaba entre dos mas oscuras y el pintoresco de los matices se afidía al de las formas, reflejándose en las leguas inmóviles. El joven, inclinándose un poco, vió fachadas elegantes, el ángulo del malecón y del espejo, un puentecillo y muchas barcas. Los mástiles por los azares de la perspectiva, sobrepajaban los techos de las casas, y un esbelto campanario parecía su hermano.

Del lado opuesto, el cebo de muchos canales abría nuevas filas abigarradas, y se adivinaba una ciudad in-

mensa y apresurada, una serie infinita de relieves, de salientes, de resaltes en donde había jugado la fantasía de los arquitectos. Una concepción ornamental y geométrica levantada, falseada, esculpida por las necesidades de la vida y del comercio.

Shakespeare cayó en una meditación soñadora. Qué rey poderoso y generoso cerraría de cadenas un barrio y diría á un poeta: "He aquí comerciantes, señores, jovencitas y palacios, Escoge tu hora y tu sitio. Agrupa tus personajes; varía tu decoración como quieras y que tu entusiasmo les anime. Haz vivir las piedras por las pasiones, y da á las pasiones los ángulos y la fuerza de las piedras. Que en todas las ventanas aparezca un deseo, una cara convulsa por el odio, los celos, los remordimientos, una cara despreciativa, una cara solapada. Que las puertas resuenen bajo los golpes del vicio ó se abran ante la virtud. Que á la sombra de los árboles, ante los tibios canales, cante el enamorado al lado de la enamorada y las aguas guardarán sus fugitivas imágenes, refrescadas sin cesar por otros amantes. Quiero que se oiga gritar á los viejos á quienes se arrancan sus doncellas, y que la risa burlesca se mezcle á las otras para el cortejo nupcial. ¡Socorro! ¡Fuego! ¡Al asesino! Un ejército de degolladores y degollados baja como un torrente de una callejuela infecta y rueda al malecón ensangrentado casi en seguida. El incendio chisporrotea y lo enrojece todo. Utiliza también el silencio. Que se acode á su balcón la indolente y suba su corazón hasta las estrellas.

Su traje de raso blanco cosido de pedrerías, es una luna nueva y más brillante. Transporta el Norte al Mediodía. El clima se atempera. Soplos cálidos atraviesan el aire y tu imaginación se hace nítida. El amor limita y encuadra tus pensamientos. Las casas negras se cambian en casas rosadas. El ladrillo se trueca en mármol. Una fiebre dulce en lugar de la verdura. Vibran arpas y flautas, emanaciones sonoras de una noche desnuda y extasiada. Y tú, grosera barca de especias, te deslizas bajo el esfuerzo de los remeros, corta morada espléndida de madera odorífica, donde en una postura esquisita, una muchacha colorada de túnica trasparente, merdisquea sus labios secos de voluptuosidad."

El poeta estaba extasiado y no sintió angustia alguna al volver de nuevo al otro sueño que los humanos llaman realidad.

—¡Ay! mi monarca es quimérico. ¡Qué importa! Su castro está en mi mano. No será igual al del leco; ninguno me lo esconderá en un estercolero. ¡Pero la ciudad! ¡la ciudad! ¡la ciudad! Paisaje creado por los dedos. Con la idea de abrigo, todas las otras han tomado hogar. Aparecen tímidamente sobre los umbrales. Salid, juventudes convencionales, de fría sonrisa, portadoras los libros de la ley, esposas de jaeces y de verdugos. Donde el torrente humano se detiene un segundo tan solo, surge en seguida una ciudad. Desde entonces las pasiones se agitan. Se las encierra en jaulas de hierro. Se renuevan los barrotes rotos. Pero aullan noche y día, rompen las balanzas, despostillan la espada. El que ha cesado de correr, inventa algo que corre más que él. Aparece la moneda. Movable, nunca en mismo sitio, va del bolsillo del comerciante al del príncipe. Evoca el crimen y el engaño, crea para el pobre un nuevo sueño y contrae con la sangre alianzas raras. Entretanto, la moneda de las palabras, encerrada en la plaza pública, ó limitada á cámaras oscuras, pierde su luz y su calor. ¿Cómo se dirige el poeta á las olas arrugadas, á los altos árboles, á las montañas instables, con una frase vulgar y tesa, cuyos ojos guiñan cegados ante el sol? ¿Cómo se dirige al amor cuando este es reglado con más cuidado que un tráfico, sellado como la piedra de una tumba y se cumple en habitaciones cerradas, el lado de una estufa? ... ¡La ciudad! Tiene también su prodigio. Evitando la inquietud, asegurando el mañana, favorece la conciencia íntima. La mirada se detiene sobre uno mismo. El tranquilo silencio de los canales deja oír los rumores del alma. Nuestra ciudad se estremeca y se ilumina. Estraño pueblo donde pequeñas emociones se agrandan de pronto, invadiendo el espacio, llenas de pestes y terrores. Mis sentimientos se me aparecen en detalles curiosos.

Era el crepúsculo, Shakespeare se apartó de la ventana. Arregló en el arca el contenido de su aforja y para tener buena apostura en la reunión que debía tener lugar aquella noche, se puso su traje nuevo. No le faltaban espejos.

Se oyó una campana; la que anunciaba la comida. La Pelote fué á avisarle, sofocada y parlanchina. Shakespeare bajó al comedor. Parecía transformado, barrido, desembarazado de sus escorias. Ocho candeleros enormes lo iluminaban, colocados sobre la mesa. En derredor de esta una docena de convidados charlaba con el tío Doeljen cuya embriaguez había desaparecido. Al entrar Shakespeare, gritó el posadero con voz grave:

—Oj presento nuestro nuevo huésped, el señor William Shakespeare, viajero inglés y poeta, legado á mi por mi pobre primo Moorels, cuyo fin dramático sabéis.

Y añadió:

—Sentaos, joven, entre un libelista, el ilustre Jean Fischart, y un gran pintor, nuestro Hendrick Goltzius. Cuando llegó, yo estaba con mi garza y lleno como un tonel. No hay que incomodarse. Es la costumbre de mi cuerpo viejo y sucio. Pero ya esa hora pasó. ¡Mueran los hombres y viva la inteligencia!

Alzó su cubilete de espeso cristal y de forma afilada. Todos, riéndose, le imitaron. Hubo un erizamiento de pedrerías líquidas, rosadas y doradas, en donde jugaba alegre la luz. Las manos que blandían los vasos, manos anchas, crispadas, peludas y nerviosas, pertenecían á cuerpos vestidos suntuosamente, con jubones de damasco de una rutilancia marchitada, gorgueras blancas, amarillas ó color de ocre, mangas abullonadas sujetas estrechamente por cintas y borlas de seda. Los cuerpos afectaban una pintoresca variedad de actitudes, porque los unos estaban encorvados hacia atrás, bien á sus anchas, ostentando las pausas; los otros instalados de tres cuartos y frente por frente á sus vecinos, mientras algunos otros se ponían de codos para comer, ó se encorvaban hacia adelante, ó se estiraban, ó se volvían bruscamente para una demostración y un apóstrofe. Los gestos se aplicaban tan pronto á las carnes asadas, cuyos pedazos sangraban sobre anchos platos, y á las botellas siempre llenas y tan pronto participaban del fuego de la conversación, acariciadores, indignados ó burlones. Pero Shakespeare notó, sobre todo, las caras enérgicas y fieras, con-

gestionadas por la comida, la discusión y la cálida claridad, caras de glotones y berrachos, sobre las cuales, con motivo de un banquete, podían leerse todas las pasiones humanas. Los osados tendían el cuello y sacaban bien el pecho; los asombrados abrían enormemente los ojos; los burlones plegaban la boca y los párpados; los tímidos se hacían más pequeños y los distraídos se frotaban los pulgares, puestos de perfil. Un grupo tenía una postura conciliadora; otro una combatiente. El poeta dijo al verlos:

—El diablo se ríe y la rueda da vueltas.

El que estaba á la derecha de Shakespeare, Jean Fischart, el libelista alemán, era un personaje de talla mediana, vestido de negro con una gorguera blanca. Estaba casi pelado al rape, con una barbilla y bigotes oscuros, y de nariz saliente. En su cara precozmente arrugada y de forma triangular, tenía unos ojos notables, negros, vivos, de una movilidad sorprendente, semejantes á dos halconcillos. El de la izquierda, Hendrick Goltzius, era un mocetón largo é insípido, muy preocupado de no mancharse sus encajes abullonados, ni el traje todo.

Fischart dijo á William, con tono liso y cortante:

—Amo á los ingleses, señor, y hablo su lengua. No me conocéis, pero conozco vuestro pueblo. Es una verdadera cuba de imágenes, de sonrisas femeninas, de gestos brutales y de conocimientos marítimos.

El poeta se inclinó, tanto por la amenidad de la frase como ante su forma y su color. Y respondió:

—Las imágenes se agotan, los gestos rompen y el mar devora. Pero el conjunto hace vivir y amo la Inglaterra.

Y añadió:

—La amistad, como el amor, debe ser súbita. En nuestro cielo obscuro, es como el paso de un meteoro. ¡Queréis ser mi amigo!

Fischart, sin asombro, abrazó á su confiado vecino, con un vigor afectuoso y murmuró:

—¡Oh dulce contacto de las fuerzas espirituales!

Se oyó rugir una voz gruesa:

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA CENTRAL
"ALFONSO GARCÍA"
Calle. 1225 BARRIO DE SAN CARLOS

—Señores pintores, he aquí un guiso capaz de hacer nadar en aceite y digno de cuajarse en vuestras bocas impacientes! ¡Cuán bello es el tío Doelen cuando sale de sus porquerías y nos regala con su bodega épica y con su carnicería que Homero celebra! Mirad, guifiando, esos vasos delicados, esos trozos de carne recortados en la porcelana y detrás nuestros gúargueros llameantes. Tú, pequeño Lastmán, en vez de entregarte a la Biblia y a la antigüedad, procura intentar algo semejante y te predeciré la gloria!

—Este es Schorel, sobrino del célebre pintor Jean Schorel —dijo en voz baja a su vecino Fischart.—Ha heredado una verdadera locura de los ojos. Ya veréis.

El orador era robusto y coloradote. Sudaba muchísimo. Y bajo el esfuerzo de un tórax musculoso, su jubón gris parecía próximo a romperse. Lo que asombraba en su cara de cortes pulidos, en donde todos los sentidos se asomaban por anchos huecos, era el contraste de una amplia barba blanca con cabellos y cejas oscuras. El interpelado alzaba los hombros y vociferaba:

—Todos iguales, víctimas del asunto noble, ¡Cuándo nos dejarás tranquilo, justo cielo, con las tentaciones, las profecías, las apariciones, los sacrificios de Isaac anunciando el sacrificio del artista! Pero si la sangre del cordero está en este plato, y de un maldito rojo vivo, no hay necesidad de ángeles para recogerla. Guardad un ratito en vuestro taller vuestras alas, Lastman, Goltzius, Ceruelistz y los demás, antes que pegarlas en las desaudivas celestes, pobremente atiborradas y tiritando al rededor de un pesebre helado. Y tantos satl.zos distribuidos sobre los cerebros holandeses no les habrán abierto! Una nueva generación surge, maravillosamente dotada y más diestra a los 22 años que su antecesora a los cuarenta. No piensa más que en continuar los errores, en alimentarse de los ilusorios peces del lago de Tiberiades, en representarse lo que desconoce y en descuidar lo que tiene todos los días ante los ojos!

SEMA 1910
 BIBLIOTECA "EL UNIVERSAL"
 1910

—Tu tío ha hecho lo mismo.

—¿Y véis acaso que en la obra de mi condenado trapo viejo de tío, venerado admiro sus fuentes, sus mármoles, sus aguas italianas, sus reinas de Saba y lo demás? Entonces no es más que un hábil copista. No; lo que me encanta son sus procesiones de peregrinos de Jerusalén, llevando palmas. Ahí se encuentran todos los tipos de la necedad y la bestialidad eclesiástica, frentes surcadas de barras de arrugas, ojos guiñadores y viles, barbas rasuradas y viciosas, cráneos truncados, terquedad, crueldad, superstición y lujuria.

—Me mostrareis esas grandezas!—imploró Fischart con un gesto cómico de impaciencia.

—Si por cierto, amigo mío; y grabadas por un buen grabador serían la mejor «ilustración» para vuestras rabiosas sátiras. Pero no os figureis que esos trozos me satisfagan por completo. Las posturas son rígidas y cuajadas. Perfiles y nada más que perfiles. Ninguna flexibilidad, ninguna figura; nada más que geometría. Hay algo más que hacer. Entreveo más majestuosos, más soberanos los destinos de nuestra pintura. Pasead vuestras miradas al rededor de esta mesa. La expresión de las caras y el orden de los movimientos; esto por lo que respecta al dibujo. Esos matices apagados, de un brillante mate, esos cueros quemados, toda la gama del oro, pero armonizada, asordada por la patina del tiempo; esto por lo que respecta al color. No temais nunca los tonos rojos. En esa bruma cálida se mueve la vida, la sombra flota alrededor del relieve, y la vivacidad se esparce suponiendo en cada grano de pasta un átomo de arte a un átomo de real. Los símbolos, las alegorías, el misticismo; futesas divagaciones de inteligencias medianas. La pintura lleva en sí misma su símbolo: ¡Oro! ¡oro! y ¡oro!

—Es el grito de los avaros lanzado por un pródigo—declaró un mocetón de cabellos como pegados al cráneo, de cara de muñeca, hundida en una docena de papadas, y cuyo cuerpo aparecía como una sucesión de bondices en tamaños diferentes:

—Considerad ese morro—replicó Schorel en medio de la

alegría general y designando al interruptor. —Nuestro querido Beverning es un asunto más bello que cualquiera otro: que la Venus ó Diana en el baño. Corre ante mi demostración y conservadle su actitud, las manos regordetas vueltas con las palmas al aire, sobre caderas de comadre, la fina sonrisa de los labios delgados en el centro de una pasta enorme. ¡Pero qué previsión de la naturaleza en las curvas y repliegues de la carne, y qué bien inscrita está en esos pliegues toda la fuerza de una raza de glotones sedentarios y respetables! ¡Ah, Beverning, si yo pudiera, te haría inmortal!

El modelo era un hombre de buen carácter, porque se mezcló á la alegría general. Schorel, agitado por su propia elocuencia, se bebió una copa de vino del Rhin.

El tío Doelen gozaba de su hospitalidad. No interrumpía á nadie, lleno de respeto con sus queridos artistas, y recorría con sonrisa enternecedora el círculo, velando porque no les faltase bebida. A veces se volvía para dar una orden breve á los servidores. Su estupidez del día dejaba sitio á un aire de interés y de solicitud.

Fischart tomó la palabra, acompañándola de gestos metódicos que recortaban el espacio en partes iguales. Sus facciones, á medida que hablaba, se contraían.

—Schorel tiene razón—dijo—señores; su lengua inspirada dice la verdad. En lo real descubriéis esos tesoros. En lo real hierve el espanto amenazador que el sacerdocio asqueroso afirma en el negro reparto del infierno.

Hablo por mi arte. ¿Os figurais que si Lutero, Erasmo y vuestro servidor se hubieran limitado á la teología hubieran obtenido los magníficos resultados que regocijan el alma? De ningún modo. Hemos recogido excrementos á manos llenas, estiércol heroico, como dice tan sanamente nuestro Doelen, y ¡pif! ¡paf! ¡pif! ¡paf! á la cara de nuestros adversarios. De lejos, esos lanzadores de lodo parecían furiosos. De cerca, eran sabios y circunspectos. Yo he asido por el cuello españoles y jesuitas. He abofeteado esas caras descoloridas, rajado esas mandíbulas, destripado esos vientres violadores, y esto, con ayuda de imágenes populares, de términos crudos ó cocidos,

pero hostigadores. Nuestros enemigos no se engañan ¡miserables! cuando nos presentan escupiendo fuego; pero son llamas terrestres y no místicas. Los insípidos proyectiles de los escoliastas me dejan tan tranquilo.... Señores pintores, imitadnos; ó mejor dicho, no imiteis á nadie, ¿Cómo no ha pensado ninguno de vosotros en la sátira? A menudo, en mis horas apasionadas, he pensado en ella. Vuestro arte debe servir á la libertad. Ayudadnos. ¿Quereis un asunto? Los asesinatos del duque de Alba.....

Schorel, que hasta entonces había movido su barba blonda en señal de aprobación, gritó:

—No, no, Fischart, nada de asunto. Ningún asunto, y sobre todo, nada de sátiras. Bastais para esa tarea. Esas intenciones arruinarán nuestro arte. Pase para los grabadores, y que se dediquen á vuestros frontispicios. No le escuchéis, jóvenes; es un hombre terrible; un celoso; quiere suprimir las fronteras. La pesquisa del drama estorba al efecto dramático, el cual está todo entero en la lucha del pintor con el color. Aquí no se trata de propaganda sacramental. Se trata de fijar la luz. El sol, tal es vuestra arena, hijos míos, magestuosa y suficiente, supongo....

La palabra drama había despertado en el alma de Shakespeare una serie de contradicciones que deseó someter á esos hombres convencidos. Se arrojó en la pelea con un fuego gozoso:

—Señores, he reflexionado en lo que os ocupa....

—¡Bravo!..... ¡muy bien!..... ¡Continuad, recién llegado!.... Es un inglés.... ¡Me agrada su traza de pilluelo!..... ¡Es poeta?

—He reflexionado, y creo que la música, la pintura, la escultura y la arquitectura, sin contar los poemitas y novelas, no son más que partes desprendidas del arte dramático, el cual las contiene todas. ¿El arte dramático no es la reproducción de la vida vibrante, con la diferencia de que suprime los intermediarios y separa la belleza de sus detalles ociosos?

Todas las miradas estaban fijas en él; pero lejos de molestarle le animaban.

Schorel sacudió la cabeza.

—Falsa teoría, que asimila la pintura á la decoración y la condena á representar eternamente accesorios. Se alza el telón. Un hombre, en un sillón, reflexiona. ¿Es un drama? No, ¿verdad? Sin embargo, de esa cara, batida por el pensamiento, como la roca por la ola, el buen pintor sabría sacar una tragedia espantosa. Ese oficio suple, pues, al teatro.

Shakespeare objetó:

—Olvidais al cómico.

Hubo una gritería.

—¿Quién se ocupa de cómicos? La más insípida de las profesiones..... No saben siquiera caminar....."Servidores borrachos.

Pero William se obstino:

—¿Cómo podéis, señores, desconocer á tal punto la verdad? El cómico circula con flexibilidad en el mundo. Tiene la aptitud universal, puesto que puede representar á la vez el rey y el mendigo, el amante y el despechado, el desconfiado, el celoso, el malvado y el idiota. Para él lo durable no es más que ilusión, se envuelve en temperamentos, arrojando con sus miradas el heroísmo ó el temor, hábil en las arrugas ficticias y en las explosiones de alegrías superficiales.

—El colmo de la mentira—dijo burlescamente Fischart.

—El colmo de la existencia que hinchamos de engaños, que enriquecemos de epítetos, que cubrimos de colorete, que amuecamos, que dislocamos gustosos hasta la muerte.

—Volvamos á nuestra estética—imploró Schorel.—Os mostraré cuadros, pintados ó por pintar, que valen todos los dramas posibles y con los cuales no se podrían disfrazar vuestros cómicos. Os enseñaré á ver moverse las cosas que una grosera ilusión os hace creer inmóviles. El estremecimiento que el genio da al pincel, debe hallarse sobre la tela. El azul es una pasión, como el rojo y el amarillo. Desciframos la naturaleza diferentemente de los dramaturgos á quienes los homicidios son indispensables, ó por lo menos, los conflictos del corazón y del pensamiento. Nuestra violencia está en la pasta. Cuando hace un momento os exaltábais, vuestra alma subía á vuestras mejillas, á vuestra frente y á vuestros cabellos. Permitidme

añadir que es extremadamente compleja. Sabeis entusiasmaros á pesar del egoísmo, egoísmo que rara vez ha admirado un pillete de vuestra edad. Mi psicología de pintor de muestras ha adivinado?

—Casi. Se adivina siempre con exactitud cuando se dicen cosas profundas.

Después de la comida, prolongada por rudas bebidas, Shakespeare hizo más amplio conocimiento con sus nuevos amigos. Los unos cabalgaban sobre respaldos de sillas. Otros se hundieron en anchos sillones. Otros se pusieron de espaldas contra la muralla y algunos marchaban rápidamente. Llegaron algunos señores, mendigos, guardias civiles precedidos de juramentos y de un estruendo de espadas, porque hacían ostentación de su fuerza y su destreza. La posada del tío Doelen era la cita habitual de la juventud intelectual y estruendosa de Amsterdam. Las mujeres eran desterradas de allí. Las palabras brillaban como espadas y el tiempo se consumía en abstracciones. Fischart se explicaba con complacencia á su «querido inglés»:

—En mí la justicia y la piedad van siempre acompañadas de la cólera, que es mi musa. He nacido vehemente. He crecido en medio de las más ásperas controversias religiosas. Tengo 38 años; pero he espumado tanto, que la vejez comienza á hacerme señas detrás de su collado de huesos y arrugas. Pensad si la materia es grande, rica, torrentosa. Tenemos, primero, el papa, por ignoble manchado de vicio y de gangrena, y los malditos cardenales. Escupamos sobre ellos. Además, los jesuitas. Escupamos sobre ellos. Luego los españoles, inquisidores y embusteros y criminales. Escupamos sobre ellos.

Además debo escupir sobre mis enemigos personales que se agitan en la sombra y los excrementos de este siglo deshumano. ¿Pero que va á ser de mí? Los dogmáticos me arrojan de los dogmas. Discipulo celoso celoso de Lutero, huyo ante los luteranos; los calvinistas me han exasperado y los «sacramentarios» me han tendido lazos. Cuento, recorriendo

la Friso, interrogar á los anabaptistas. Quizás me satisfagan esos asesinos; si nó. . . . si nó. . . .

Y el libelista reflexionó durante algunos minutos, con mueca sardónica.

—Si nó, me avadiré de toda creencia y daré mi dimisión de sectario.

—Tienes el sacrilegio galante—interrumpió un gran espadachín pavoneándose entre los que charlaban.

—Si Becker. Mi querido inglés ¿conocéis la Alemania? No. Pues bien, os la revelaré. De aquí á un mes salgo de Amsterdam para ir á Hamburgo. Si quereis partiremos juntos y satisfaceris vuestra curiosidad. ¡Ah! amais la poesia trágica? os mostraré cielos avergonzados de reflejar los horrores de esta tierra el hambre, la peste, los incendios y las matanzas, gentes embrutecidas por orgías viciosas y otras ahogadas. Todo eso hierve y fermenta. ¿Qué saldrá de ahí? La raza no se estremece como aquí, dónde es fácil observar que alguna furia artistica se prepara. Los teóricos como Shorel son los precursores. Toda esa juventud tiene trastornada la cabeza. Basta una chispa para encender el brasero.

William era parlanchín y estaba deseoso de desenvolver el torbellino de imágenes que toda reflexión levantaba en su espíritu. Pero no podía interrumpir aquel discurso apasionado y superabundante.

Se oye la voz brutal y rajada de Schorel:

—Qué herejía, Lasiman! Los retratos de los grandes de la tierra no ofrecen más que una ventaja: brillan de oro y de pedería y se imponen por la magnificencia. El color es una cosa de tujo. Pero para una bella tela un rayo de sol sobre un montón de piojos ó sobre un tugurio equivale á títulos y cuarteles de nobleza. Todo depende de la visión y de la manera de escocer.

—¿Y el «agua fuerte»?

—El agua fuerte? Presiento en ella brujerías. Un «negro» grisiento, un «negro» aterciopelado, es para el dedo y el ojo un paraíso. La simple oposición de ese «negro» y ese «blanco» va á herir al espíritu más allá, quizás, que lo hiere el color

dá á la imaginación un alimento sustancial. Pero exige una filosofía especial: el conocimiento profundo de las leyes del universo. Creo que su origen está en el punto preciso en que las primeras impresiones de la vista atraviesan las regiones abstractas y llevan á la razón una deslumbradora claridad limitada por tinieblas opacas. Esperafi.

Llegó corriendo al muro, descolgó una estampa ricamente encuadrada y la mostró á sus oyentes:

—Esto es de Alberto Durero. Notad este árbol; ved sus filamentos; parecen continuar la corriente de ese río que va á perderse allá bajo un puente, y los pliegues del traje de la virgen describen sinuosidades semejantes. Quien no observe esta analogía es incapaz de leer esta obra muestra. Un movimiento igual está en todas las partes de este tranquilo dramita. Lo que constituye la originalidad de este maestro es lo bien que ha traducido uno de los numerosos secretos de la naturaleza. Mirad, Fuschart. Mirad señor.

—¡Un movimiento igual!—pensaba Shakespeare,—¡la lección de todo constructor! Cuando los hombres se hallan frente á frente y las pasiones se quitan la brida, los corceles, desbocados, siguen una dirección.

Contempló atentamente el «agua fuerte y dijo á Schorel:

—Lo que me asombra es la idéntica importancia atribuida por Alberto Durero á todas las partes de su composición. La aldehuela es una cinceladura y ese caballo á lo lejos es tal, como visto de cerca y empequeñecido.

—Observación justa,—dijo el coloso.—Pero Alberto Durero es un que intelectual impone su concepción á su arte, y á huien no aloca su mano. No os ha sorprendido nunca el detalle de un paisaje, la arquitectura de un guijarro, la trama de una tela? Es el misterio, escrutado, por el maestro, de un golpe de buril de donde salta la fuente sagrada. Sus estampas son las marcas de la verdadera curiosidad. Busca las relaciones de cada objeto con lo universal y para él una roca vale tanto como una casa, y una casa tanto como una ciudad. Entrevá la naturaleza como un río que sigue su curso y del cual ciertas partes parecen inmóviles de ceres y cosas, pero conservando

ja estructura general. Para mí es el más sutil discípulo de Elpícuro.

Fischart se frotaba las manos.

—Me alegra oír alabar á un compatriota. Schorel ha adivinado perfectamente. Yo he tratado viejos que habían conocido al precioso Alberto Durero. Era un entusiasta y un maniático. Interrogaba con locura el sentido de las líneas de la materia. Afirmaba, cosa que me ha sorprendido, que esas curvas y torbellinos constituían un alfabeto indispensable á todo el que quiera realizar la representación verdadera de las formas, y que un pez, un insecto, una nube, un pájaro, son efímeras combinaciones de esa energía volteadora. Comparaba las aguas y los caballos, y dibujaba hasta sus sueños, que naturalmente refinaban sus teorías.

El tío Doelen intervino con orgullo.

—He adquirido, con gran trabajo, dos cartas suyas, escritas de su puño y letra, que están allá arriba en un cofre. Los caracteres están modelados como caras.

—Hay otro procedimiento—añadió Schorel—que consiste en imitar al azar. He conocido mucho en mi juventud á un tal Van der Borscht..... Silencio, Dirck, Lastman y Goltzins, porque esto os interesa..... Ese Van der Borscht ha quedado desconocido, cosa que les puede pasar á los mejores si se adelantan á su tiempo, y sus obras mismas son raras y dispersadas. Yo no he visto nunca ardor semejante. Su cabeza fermentaba de la mañana á la noche, y sus dedos obedecían á su cabeza. Poseía un método único de trabajo; inverosímil, y en donde cualquiera puede hallar enseñanzas. Proyectaba sobre una hoja de papel vino, tintas, jugo de ciruelas, y algunas veces sangre (cuando se picaba una vena) En seguida se ponía á considerar largamente el contorno de esas salpieaduras y como no hay ningún caos que la mirada no humanice, descubría bien pronto en ella caballeros, castillos almenados, fuentes, leones luchando, hidras, selvas fantásticas, toda una arquitectura de sueño poderosamente oscura é iluminada.

Entonces, con un trocito de madera, un rábano, un instrumento cualquiera, mejoraba, retocaba, concluía y en algu-

nos minutos se veía nacer positivamente un paisaje. ¡Cuántas veces le he sorprendido contemplando las nubes, el humo, los reflejos de seda de un estanque, todos los móviles caprichos de la naturaleza! Por desgracia, esta manera de hacer le relegaba en lo monstruoso. El espante es su dominio. Pero ha llegado á un vigor excepcional y cada línea de él lleva su marca. —Y no nos sucede á nosotros, amontonadores de palabras—dijo Fischart—dejarlas juntarse á la desbandada sobre nuestra página, como soldados locos en una fuga ó un asalto? Por un mecanismo que empleo sin explicármelo se hace en la imaginación una semi oscuridad en donde las sílabas se atraen por sus consonancias, los verbos trepan sobre la espalda de los verbos, los sustantivos impresos fecundan los épitetos y éstos toman un relieve singular, alzándose en los puntos más importantes de la frase como grandes centinelas deslumbradores. Las gentes del pueblo, cuando injurian, expulsan un verbo pictórico que el satírico no acierta á imitar bien; tan grande es la energía de lo espontáneo. Esta cualidad y la de vuestro amigo Van der Borscht, dependen de la audacia, mi Schorel.

Shakespeare escuchaba todo aquello con una curiosidad sobregada. Se callaba, pero sus pensamientos, exaltados por el vino del Rin y la fiebre de la circunstancia, tenían una riqueza, una flexibilidad inusitadas y tales que sentía no poder fijarlos en el manuscrito comprado en Rotterdam, ó en las márgenes de su querido Plutarco. El arranque de Schorel y de Fischart le abría horizontes infinitos hacia los cuales se lanzaba al galope terrible de su fantasía. El era Van der Borscht, el hijo lírico del azar, inspirado por su padre en la composición de sus planchas misteriosas. El era el mismo libelista excitado por su musa irritada y dejando correr su cálamo. Concebía un drama en donde los personajes sacaban á la suerte un acto imprevisto que llegaba á ser en seguida su guía y su verdugo. Se creaban su propia fatalidad y pieza á pieza, en vez de recibirla construida de las manos de los dioses. Schorel y Fischart le daban las máscaras de dos almas impetuosas y convincentes; y el segundo, apesar de sus inyectivas, tenía una dulzura de mirada y de ademán, que atraía la amistad hacia su naturaleza intrépida.

que como una película se recubren los espacios del mar y del cielo; púrpuras pesadas, suntuosas, incendiarias coyo reflejo, me embriaga y amarillos más triunfantes que mil Césares y precedidos de un ejército de trompetas. Habéis notado el verde de nuestros climas, entretenidos por una frescura perpetua? A mi me conmueve tanto como un canto de pastor ó una palabra de virgen. Porque hay uniones profundas entre nuestros sentimientos y los colores. Desde el tiempo lejano que asaltan á los hombres, se han insinuado, casi sin saberlo, en los repliegues ocultos de sus almas y todo lo que sube á nuestra conciencia nos aparece á través de un prisma. ¿Por qué el negro inspira temor y el rojo la magnificencia? ¡Ah! si esos jóvenes quisieran escucharme!

En efecto, los pintores que se reunían en casa de Doelen parecían aceptar como paradojas, los consejos febriles de Schorel:

No puedo persuadirles—gritaba éste—que seria bello renunciar á los asuntos bíblicos y mitológicos en que se agotan, á imitación de los italianos, y abordar francamente la representación simple y rigurosa de lo que tienen diariamente ante los ojos. Desconocen los admirables recursos de ese clima en que la luz se derrama armoniosa, esparcida por una bruma discreta, de ese pueblo de gestos lentos, de caras caracterizadas, laboriosos y tercos, de trajes semi rústicos, semi señoriales que juntan la comodidad á la pompa. Son ciegos ante el lujo íntimo de nuestras moradas, los mobiliarios tan curiosos, las tapicerías y los espejos, las joyas, los trajes, las pieles, los encajes, todo lo que realza el brillo de la carne y la flexibilidad de la marcha. Se apartan de los pastos, de las bestias rollizas, de los contrastes de un cielo atormentado, marino, con un suelo tranquilo, utilizado en todas sus rincones, fértil por todas partes y en donde el agua vive como en ninguna parte en el mundo. Barcas atravesando una pradera, velas que enmascaran alas de un molino, son para ellos cosas ordinarias y sin atractivo. La primavera les parece una alegoría y la llenan dedioses paganos bajo una cúpula de azul crudo, en medio de laurel de metales; cuando asisten, á dos pasos de la ciu

—¿Cómo morirán?—se preguntaba el poeta.

—Conforme á sus versos ó de una manera contradictoria, el corazón seco y vaciado, ó lleno de ese entusiasmo que gastan como pródigos? ¿Y sus doctrinas les sobrevivirán? ¿Pasarán á esos jóvenes soberbios y nerviosos que les escuchan é inspirarán la mirada y la mano hasta el punto de dar nacimiento á una obra que quede inmortal, ó serán inimitables como cómicos, célebres solo por la manera de recitar? Es una dicha para ellos que hayau encontrado á William Shakespeare. De este modo la mayor parte de sus monólogos conducen al orgullo y este admirable sentimiento opera en mi una refundición total de tantos espectáculos que se hubieran, á falta de eso, despertado y hundido en el olvido.

Shakespeare pasaba horas deliciosas con sus nuevos amigos. Schorel aumenta la alegría de la vida. Nada escapaba á sus miradas, osados piratas de la naturaleza, é inventaba, para glorificarla, expresiones siempre súbitas que daban la vuelta á lo real como una mano refinada de artesano.

—Soy el perpetuo cazador—decía bondadosamente acariciándose su barba blanca.—A menudo traigo una cara nueva, porque el mundo de las formas es infinito. Los colores son, para ojos ejercitados, las más fugitivas y las más rápidas ilusiones. Lo que el pintor fija sobre la tela no es más que un término medio siempre engañoso. El mismo objeto, á la misma hora del día, en la misma luz y en la misma estación, cambia más á menudo de adorno que la más rica Duquesa de Amsterdam. ¡Cuántas veces he querido hallar de nuevo tal matiz oscuro del canal que costea mi horizonte, tal matrimonio oscurecido del agua y de la piedra! Pero eran visiones desaparecidas para siempre y que solo existen en un rincón fiel de mi memoria donde guardo un glorioso tesoro del cual las palabras no pueden dar idea, porque son todas grisáceas y flojas y datan de una época en que no se observaba. Cuando sueño, evoco cosas pasadas, extinguidas y aún cálidas, semejantes á vueltas de infiles, grises delicados como carne de mujer, azules casi negros, exaltantes y pulidos y azules de dulzura y de ensueño

dad, á la apoteosis de la verdura, al paroxismo de esos tintes que van del cesped al follaje compacto, y de la claridad á la noche, porque entra mucho verde en esa oscuridad. En invierno, cuando una nieve tan variada como las nubes dibuja las nobles formas de la Holanda, los canales se cuajan, y se ven en el crepúsculo, deslizarse los fantasmas de los patinadores. Como ellos, las luces de los vidrios iluminados corren á lo largo de la ciudad silenciosa, y esas largas luces amarillas, rojas violetas, encienden la nieve sin fundirla. Sobre esa superficie inmaculada las casas de ladrillo tienen todo su valor. La menor viga oscura es un trozo de alto gusto. Se asista á ese prodigio que los mates relieves hacen brillar. Es el relieve del color. Pues bien: esos señores prefieren taparse los ojos y pintar vírgenes ó cristos en la tumba. Por jóvenes que sean, sería poco toda una targa existencia para interpretar esas maravillas. Yo volvía de Frisa el año pasado, con Golzius, quien tiene 26 años, una ciencia asombrosa y entusiasmo. Habíamos pasado un lunes por el Zuyderzée. El disco leonado del sol vertía sobre la extensión espléndida un verdadero río de fuego y yo miraba arder su brasero blanco y rosa. Las cabañas, las empalizadas, los puentecitos, en la pálida noche resaltaban como eorales, diamantes negros y topacios; y sobre el fondo del cielo amarillento, algunos árboles aparecían como rayados "al agua fuerte" y semejantes á encaje oscuro. Cuando nos acercamos á la ciudad, la fina bruma que emana de la nieve brilló de numerosos fanales. Vimos lucir un parterre de estrellas. Mi compañero me hablaba de un tríptico sobre San Sebastián, vasto proyecto que rodaba en su cabeza. Ni un segundo su atención se volvió hacia la extraña decoración que empujaba en lirismo la rapidez de dos buenos caballos. Tal es la pesada ironía de la tradición.

Fischart asmraba á Shakespeare por el montón de sus conocimientos y la manera de explanarlos. Los innumerables libros que había leído formaban parte integrante de su persona, y frecuentaba antiguos y modernos, atento á las leyes, á las costumbres, al desenvolvimiento de la ciudad. Pero la política y la religión jugaban un gran papel en su vida. Y sobre

este punto William le abandonaba, porque los vastos errores por los cuales los humanos se dejan gobernar ó imponer creencias, le asqueaban por su automatismo, la periodicidad de sus fases, éxitos y reveses, revoluciones y reemplazos. Fischart había vivido en la sociedad de los grandes Reformadores. Se había iniciado en todas las sutlizas del dogma de la crítica y se declaraba "un tablero de teología," "nua nube en donde zumbaban todos los zánganos del antipapismo." Su sentido completo de la belleza le atraía también al "humanismo" y la cultura de la Grecia y de la Italia luchaba de una manera pintoresca contra su temperamento de hombre del Norte.

—Yo soy un rayo de sol sobre la nieve—declaraba él generosamente, y añadía:

—Me fuerzo á mí mismo á leer la Biblia. A ciertas horas ese libro me duerme. Para enterarme de su lectura, necesito pensar en las persecuciones, en las guerras y en los Jesuitas. Es el más fatigoso de los ejercicios. Esa meditación del furor con explicación de los sentidos no había sido prevista por el sabio Ignacio de Loyola.

Cuando Shakespeare le habló del caballero John, triunfó.

—Habeis tropezado con un modelo de la secta y habéis escapado de milagro. Esos pillos están erizados de sentencias frías y de homicidios.

Cuando supo lo del regalo de los «Ejercicios espirituales,» pidió ver el libro. En cuanto lo tuvo entre las manos se puso rojo de cólera, y lo hizo pedazos.

—Perdonadme, amigo mio. Debo destruir los venenos.

—Yo soy de los que escribirían en la puerta de mi casa: aplastador de cabezas de víboras. Ese asqueroso folletito ha hecho más daño que la peste ó el hambre.

A Shakespeare le gustaba de ese libelista la ardiente pasión por la justicia, la insaciable sed de libertad.

—Cuando os sentéis á trabajar ante vuestra mesa, mientras esperéis que vuestro cerebro exhale su vapor, marmita sobre el fuego de la imaginación, repetíos que el escribir debe siempre endurezar entuetos, pleitear la causa de los débiles y pro-